



NIÑOS: HABLA EL CUERPO

JUANITO es una hermosa criatura de siete meses. Su comportamiento es, sin embargo, tiránico: el de un pequeño diablo. En el barrio ya le conocen por sus rabietas. Un día se escapa de los brazos de su abuela y se echa a rodar por la alfombra. Parece atanzado por el dolor y la rabia: sus sollozos son difícilmente soportables. Su ritmo respiratorio se acelera y, tras un súbito estremecimiento, su tórax queda bloqueado. El rostro del bebé se amorata, y la criatura pierde el conocimiento y se desploma como un muñeco de trapo, los ojos en blanco. «¡Juanito!». Su abuela, descompuesta, le golpea en la espalda, le zarandea y abofetea, le coloca bajo el grifo. Transcurren unos segundos, interminables, durante los cuales la buena señora cree a su nieto perdido irremediablemen-

te. De pronto, sin embargo, el pequeño reanuda la respiración, recobra su color natural, la viveza de su mirada, la sonrisa. Ha sido su primer «espasmo del sollozo».

A los quince meses se pilla la mano izquierda con una puerta. Juanito patatea, grita, se ahoga y acaba por sufrir un desmayo. Su madre le aplica todos los métodos de reanimación. Cuando la mujer está al borde mismo de la desesperación, he ahí que el pequeño tirano vuelve en sí como si tal cosa. A los doce meses, el niño vuelve a gastar su pequeña broma, y la repite una vez cumplidos los dos años y medio. Siempre ocurre con motivo de una caída, que interrumpe desastrosamente el juego del niño. Efecto asegurado. Con su crisis obtiene un beneficio enorme. Tanto mayor cuanto que sus crisis ganan en duración e intensidad.

Los espasmos de Juanito

El pediatra le examina por vez primera a los dos años y ocho meses. Es un niño robusto, energético, exigente, colérico. Nació en condiciones normales de después de un embarazo sin incidentes. Su ritmo de crecimiento es normal, su inteligencia, desarrollada, y su estado general, excelente.

Nada destacable si no es el hecho de que la madre constituye algo así como el reverso del niño. Una mujer de veinticinco años, habladora, que se sabe al dedillo el libro del doctor Spock («Tu hijo»). La visita es interminable. La madre no da al niño ninguna orden que no justifique con largas aclaraciones. No ordena a su hijo sin más que se desnude, sino que trata de convencerle de la necesidad de ese

acto. La madre corrige minuciosamente cada palabra mal pronunciada, procura que repita los gestos que considera imperfectos. «La reacción del niño frente a las explicaciones de la madre —observa el doctor Kreisler, pediatra— es el rechazo. Trata de rechazar la realidad que se desprende de las explicaciones incansables de su madre, pues se ve obligado a repetir maniobras que acarrearán una nueva caída, con la decepción y el ataque de cólera consiguientes».

El pediatra intenta tranquilizar a la madre, explicándole que se trata de un síntoma tan espectacular como benigno: «No intervenga cuando el niño sufra su crisis. Lo mejor es volverle la espalda». El espasmo del sollozo es una forma de exhibicionismo, una manifestación de la sexualidad del niño. Un mecanismo autoerótico, que entra

en funcionamiento para paliar una insatisfacción fundamental en la relación madre-hijo. Se puede hablar incluso de «simulacro de colto», ya que se produce siempre en presencia de un «partenaire» de su elección: la madre generalmente, pero también la abuela, y sólo rara vez el padre, jamás el médico. Además comporta el equivalente de una «descarga orgástica» por asfixia y pérdida del conocimiento. Ese deseo desenfadado de la fusión completa con la madre en la embriaguez de un acto «contra naturam», a despecho de las leyes vitales, era algo que había escapado a la atención de la celosa discípula del doctor Spock. Los espasmos de Juanito no volvieron a repetirse.

Chupete y cuna

Espasmo del sollozo, asma del niño de pecho, cólico de los tres primeros meses, insomnios precoces, anorexia, vómitos: los trastornos psicopatológicos de los nueve primeros meses han sido estudiados en profundidad por un equipo de tres especialistas llegados de horizontes distintos. Un pediatra, Leon Kreisler, y dos psicoanalistas, Michel Soulé, neuropsiquiatra infantil, y Michel Fein, psicopatólogo, han escrito un libro en común bajo el título de «El niño y su cuerpo» (1). La confrontación de sus respectivos puntos de vista ilumina una fase de la vida del niño poco explorada aún por los psicoanalistas, que reconstruyen generalmente la psicología del niño a partir del adulto.

Soulé y Fein, por el contrario, no practican la técnica del «flash-back», sino que captan directamente y tratan de descifrar el lenguaje de esos bebés que, demasiado pequeños para tener la mente enferma, sufren esa enfermedad en sus cuerpos. Durante esa «segunda gestación» en la que el «yo» se estructura poco a poco, en la que lo psicológico emerge poco a poco de lo fisiológico, toda respuesta a un conflicto pasa necesariamente por sus cuerpos.

Un ejemplo: ese bebé de un mes que dos días después de abandonar la clínica comenzó a sufrir cólicos. El niño toma su biberón, se amodorra y a los pocos minutos se despierta dando gritos y se retuerce de dolor. El ataque puede durar hasta horas. De nada sirve cambiar el régimen, modificar los horarios o administrar medicamentos.

En realidad, el niño no padece ninguna enfermedad orgánica. Es un bebé de gran vivacidad, nada dormilón y muy voraz. Para calmarle existen dos buenos métodos, durante años desprestigados pero que hoy vuelven a ponerse en práctica: el chupete y la cuna. Después, un tercero, inevitable: la hospitalización de la criatura.

«Había tenido ocasión de conocer a su madre un mes antes en la maternidad —cuenta el doctor

Kreisler—, siete días después de que naciese el niño, que era su primer hijo. Durante su permanencia en la clínica se había hecho odiosa por su mal carácter y sus exigencias desconsideradas. Obstaculada, porfiadora, agresiva, la madre sufre de trastornos del carácter desde la infancia. Estos trastornos se agravaron durante el embarazo, con bruscos cambios de humor y manifestaciones agresivas. El marido, enteramente pasivo, se deja arrastrar por ella». El bebé acabó por encontrar consuelo en el chupete: una satisfacción autoerótica de lo más barato.

Otro ejemplo: esa niña de diez meses y medio, hospitalizada en un estado de desnutrición avanzado. Su peso: siete kilos. En dos meses ha perdido dos. Sometida a exámenes en profundidad, no se le descubre anomalía alguna. Sin embargo, las observaciones efectuadas revelan que la niña padece una extraña disfunción llamada mericismo. Después de ingeridos los alimentos, la niña es devuelta a la cuna. Allí se revuelve hasta que consigue arrojar. Sin embargo, tiene la precaución de conservar en la boca una parte de los alimentos ingeridos, que se dedica entonces a masticar interminablemente, mientras permanece inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Este

«juego del bol», cuya aparición y desaparición provoca el bebé a voluntad, recuerda extrañamente el «juego de la bobina» del sobrino de Freud (que lanzaba fuera de la cuna una bobina para luego recogerla tirando del hilo y volverla a lanzar, y así una y otra vez); el bol y la bobina representan a la madre ausente, a la que se hace aparecer y desaparecer a voluntad.

El pediatra solicita la supresión de las visitas de la familia y confía la niña a una enfermera. Al cabo de una semana, la pequeña comienza a comer con evidente placer, y los vómitos y la rumia cesan muy pronto. ¿Qué había ocurrido? Rígida, meticulosa, fanática del orden y la limpieza, la madre había organizado las actividades cotidianas de la criatura siguiendo un ritual inmutable: horarios cronometrados y abandono absoluto del bebé fuera de las horas dedicadas a las comidas y demás cuidados. La criatura se portaba muy bien, era muy disciplinada. Hacia los ocho meses, sin embargo, empezó a chuparse el pulgar. Para terminar con esa «mala costumbre», la madre recurrió a la drástica medida de atarle los brazos. En el hospital, la pequeña recuperó su libertad y con ella su alegría.

La gravedad de los trastornos psicopatológicos no se les escapa a

los especialistas. «El instinto de muerte, siempre presente, puede conducir más tarde o más temprano a la muerte de la criatura abandonada o malquerida», afirma el doctor Soulé. Hecho tanto más paradójico cuanto que la terapia es de una sencillez total: un cambio en la actitud de la madre puede restablecer rápidamente los mecanismos normales. A diferencia de la psicosis infantil, que no es mortal aunque sí difícilmente modificable, la enfermedad de tipo psicopatológico, a pesar de ser fácilmente reversible, puede llevar a la muerte. «Dicho de otro modo —continúa el doctor Soulé—, se puede morir fácilmente con un cerebro que funciona bien cuando se instala un automatismo que opera a contracorriente de los mecanismos biológicos, o, por el contrario, se puede vivir largo tiempo con un cerebro que funciona mal, y en el cual opera un automatismo que no se consigue dominar».

Nada puede mejor que la madre devolver a su carril a esa máquina que marcha a la deriva. «Somos a veces como esos técnicos demasiado intelectuales, que no pueden comprender qué es lo que no marcha en la máquina porque sólo se fijan en los cuadrantes, al revés de lo que ocurre con los mecánicos más instintivos, que reconocen los fallos por el ruido», confiesan nuestros especialistas.

El Inconsciente de la madre

Los vómitos, los chillidos, los desmayos de un niño de pecho son otras tantas señales de alarma. Si las piezas de la máquina están intactas, puede ocurrir que el carburante no pase, o el lubricante. Los canales de comunicación entre el niño y su madre están obturados. Ahora bien, a esa edad, la comunicación se establece a un nivel del que la madre no es consciente. Son precisamente las señales emitidas de modo inconsciente y de forma incontrolada las que el niño percibe más fácilmente. «Se puede comparar la percepción del niño a ciertas placas fotográficas sensibles únicamente a los rayos infrarrojos y ultravioletas —afirma el doctor Soulé—. Las imágenes que ofrecen esas placas no tienen nada comparable con lo que perciben habitualmente nuestros ojos». Como un radar, el bebé detecta con precisión todas las emisiones y recepciones. Si las señales se interrumpen o se desvían, el niño transcribirá inmediatamente esas aberraciones en su propio cuerpo.

Lo que no significa que toda madre agresiva, ansiosa, obsesiva, abrumadora o perfeccionista sea necesariamente patógena. O que tal perturbación psicopatológica del niño sea resultado de tal o cual «perfil psicológico» de la madre. El niño dispone de unas determinadas defensas. La enfermedad no germinará más que si el campo está abonado. Es siempre el fruto del encuentro de un determinado tipo de madre con un cierto tipo de criatura. ■ MARIELLA RIGHINI.



La percepción del niño es como la de una placa fotográfica sensible a los rayos infrarrojos y ultravioletas. Todas las aberraciones que el pequeño detecta en el comportamiento de la madre, las transcribe en su propio cuerpo.

(1) «L'Enfant et son corps», publicado estos días en las «Presses Universitaires de France».